

REVISTA DE EDUCACION



Año X
N.º 55

ministerio de
educación pú-
blica de chile

Junio
de 1950

Ayer, Hoy y Mañana del Teatro de Ensayo

por SERGIO VODANOVIC P.

EL año 1943, en el viejo Teatro Miraflores, el Teatro de Ensayo representaba su primera obra: El Peregrino. ¿Qué se proponía entonces ese movimiento de entusiastas del teatro nacido en las aulas de la Universidad Católica? Para muchos sus propósitos eran ambiciosos y divorciados por completo de la realidad ambiente. Habían expresado que estaban dispuestos a inaugurar en Chile una actividad teatral de jerarquía, mediante la difusión del Gran Teatro Universal y el Gran Teatro Católico y la enseñanza de actores y técnicos que realizarán esta labor. Hoy han pasado siete largos años desde esos titubeantes primeros pasos y ya se puede analizar objetivamente si los que fundaron el Teatro de Ensayo eran ilusos, o bien, visionarios.

Nadie puede negar el aporte cultural que, para Chile, ha significado la presencia de los Teatros Universitarios. En nuestro país, donde la cultura ha de luchar tenazmente ante los reducidos medios de nuestra elemental economía, la lucha entre Cine y Teatro había tenido ya su desconsolador epílogo. Las escu-

tales "girls" americanas, el siempre manoseado drama de alcoba, el eterno triángulo sentimental que entre chicles y jazz nos enviaba envasados en pesadas cajas de celuloideas los Estados Unidos, habían terminado con desterrar al teatro de nuestras salas. Nuestra juventud estaba obligada a contemplar insulsos y repetidos melodramas que no sólo nada aportaban a su formación cultural, sino que, la más de las veces, solían producir deprimentes influencias. La tradición teatral parecía haberse perdido en nuestro país. La actividad escénica era despreciada y su inmensa labor educativa, subestimada.

Como una reacción a este estado de cosas, nacieron los Teatros Universitarios y entre ellos, el Teatro de Ensayo tomó su posición de combate. Gradualmente ha ido aumentando el número de

Una escena del 2º acto de Pigmalión
Bernard Shaw



sus representaciones a medida que iba abriendo su brecha de cultura ante un público en un principio indiferente y que, ahora, lo vemos tornarse cada vez más entusiasta.

Pero ¿ha cumplido sus propósitos el Teatro de Ensayo? ¿ha difundido el Gran Teatro Universal y el Gran Teatro Católico? ¿ha formado actores y técnicos?

Para poder respondernos a estas preguntas, debemos recordar, en primer término, las obras que este grupo artístico nos ha presentado. Después de "El Peregrino", se dió a conocer una Comedia del Arte como es "El Abanico" de Goldoni. Posiblemente, sea ésta una de las farsas mejor logradas que haya conocido el público chileno. No había problemas filosóficos ni enigmas que resolver, pero el planteamiento artístico con que fué representado "El Abanico" sirvió de inapreciable experiencia para todos los que, posteriormente, intentaron representar farsas en nuestros escenarios.

"La Comedia de la Felicidad" fué el siguiente estreno. Su autor Nicolás Evreinoff es, sin duda, uno de los más interesantes teóricos del Teatro, tanto es así, que esa misma obra representada por el Teatro de Ensayo, no era otra cosa que una verdadera interpretación de como veía el autor la actividad teatral, sus problemas y su finalidad. La elección de "La Comedia de la Felicidad" es el mejor ejemplo de la efervescencia de este grupo de aficionados y su interés por llegar a la raíz misma de su labor.

Vinieron a continuación el "Gran Farsante" de un autor de la jerarquía literaria de Honorato de Balzac; "Comedias de Guerra" un friso escénico en el que los directores del Teatro de la Universidad Católica demostraron su interés de dar a conocer a autores chilenos; "Contigo en la Soledad" que tuvo el inmenso mérito de mostrarnos a un Eugenio O'Neil insospechado para nosotros, un O'Neil que separándose de su permanente angustia, sabe sonreír ante las vicisitudes de un adolescente que empieza a hacerse hombre.

El año 1948, el Teatro de Ensayo, ya en completa madurez, presentó al público de Santiago una adaptación de "El Burlador de Sevilla" de Tirso de Molina. Para el espectador medio, para la mayo-



Una escena de "La Anunciación a María",
de Paul Claudel

ría de los escolares, el Teatro Español era arcaico, pesado y aburrido. Muchos no comprendían la vida que albergaban las páginas de Teatro que leían en antiguas antologías. Para ellos fué esta representación de "El Burlador de Sevilla", para ellos que reconocieron en el primitivo Don Juan un personaje humano, de múltiples facetas y de innegables encantos. Muchos comprendieron, entonces, la genialidad de Tirso y supieron — recién al oírlos en boca de estudiosos actores — de la musicalidad de sus versos.

Si grande fué el éxito obtenido por el Teatro de Ensayo en 1948, gracias a la excelente interpretación de la obra de Tirso, fué mayor aún el obtenido por el elenco estudiantil al representar al año siguiente la más discutida obra del más discutido de los comediógrafos contemporáneos "Pigmalión" de Bernard Shaw.

¿Habría sido posible sin esta acertada representación, dar a conocer a un público grande por medio de conferencias o clases, toda la sutileza, amarga ironía y destreza literaria del humoris-

ta inglés? Nos parece difícil que tal cosa pudiera haber sucedido, porque el teatro es el mejor vehículo para enseñar ya que lo hace imperceptiblemente, entreteniendo, haciendo gozar a los alumnos.

Culminó el año pasado la labor del Teatro de Ensayo con la representación de una obra de Paul Claudel, "La Anunciación a María", con la que el conjunto universitario logró cumplir la otra parte de su finalidad específica: Difusión del Gran Teatro Católico. Está viva aún en el recuerdo de todos la forma magnífica como ella fué hecha, la grandiosidad de su escenografía y la corrección de su interpretación. Es emocionante, al revisar someramente, constatar la ese movimiento de entusiastas del teatro constante superación de cada una de sus presentaciones y como el público, paulatinamente, ha ido llenando las en un principio vacías localidades del Teatro Municipal. Porque el Teatro de Ensayo se ha creado ya un público, lo que significa que ya ha educado a un numeroso contingente en la devoción por el Teatro y lo que éste significa para la actividad artística y cultural.

Conjuntamente con la labor de difusión del Gran Teatro Universal que ya hemos constatado al revisar la lista de sus estrenos, el Teatro de Ensayo ha satisfecho plenamente su ambición de educar actores y técnicos. Su plantel de actores es de por sí decidida. Allí están, por nombrar sólo a algunos, Justo Ugarte, Hipólito Villegas, fundador del Teatro y que nos regalara con su espléndido Higgins en "Pigmalión", Hernán Letelier y Alíro Vega, elementos egresados de la Academia de Arte Escénico anexa al Teatro. Entre las actrices, destacan Silvia Infantas que recientemente obtuviera un merecido premio de estímulo de la Asociación de Cronistas de Teatro por su actuación en "La Anunciación a María", Monserrat Julió, fruto magnífico de la Academia y Ana González, que desde sus actuaciones radiales, ha logrado pasar a la actividad escénica con un talento y capacidad que nadie que la haya visto en su rol de Elisa en "Pigmalión" podrá negar.

El Teatro de Ensayo ha cumplido, pues, con las finalidades que se propusiera al iniciar su labor hace escasos siete años.

Pero esto sólo no puede satisfacer. Sería el caso preguntarse si ha cumplido con un deber social, si ha aportado a nuestra vida, la cultura y el interés por ella que toda institución artística está en su deber realizar. Creemos que esta misión la ha cumplido perfectamente. No en vano los sacerdotes de la Edad Media usaron del Teatro como medio de enseñanza, él es el mejor vehículo para despertar inquietudes y obligar al hombre a enfrentar sus problemas sociales y psicológicos. El Teatro de Ensayo ha sabido elegir su repertorio con miras a esta finalidad. Es imposible, por ahora, saber si ha obtenido éxito, si su aporte cultural dejará las huellas que sus impulsores se proponen, pero el éxito creciente de este grupo escénico, el interés que por el Teatro ha despertado en numerosos sectores de nuestra juventud, la afluencia, siempre constante, de alumnos a su Academia de Arte Escénico indican claramente que los esfuerzos y desvelos de sus directores no han sido en vano.

Para este año, se anuncia el estreno de "The Little Foxes", de la que es autora Lillian Hellman, de repetidos y constantes éxitos en los Estados Unidos. Podremos apreciar, entonces, la magnífica técnica teatral de este dramaturgo que es, sin duda alguna, el mejor representante del actual Teatro Norteamericano. Se cumplirá, de este modo, otro objetivo fundamental del Teatro cual es el conocimiento de los pueblos entre sí. Conocer lo que se aplaude más allá de nuestras fronteras, es conocer también, la psicología de los otros pueblos, sus reacciones, sus preferencias y sus hábitos y si se logran aunar estos aplausos, no hay duda que el Teatro puede realizar —mejor que cualquiera Embajada— la verdadera política de Buena Vecindad.

Así, paulatinamente, el Teatro de Ensayo va desarrollando su labor cultural. Para cumplirla debe salvar arduos problemas entre los cuales el económico parece ser el más amenazante. Sin embargo, la abnegación de unos pocos ha logrado, pese a los múltiples inconvenientes, convertir en magnífica realidad lo que muchos pesimistas, hace siete años, denominaron "sueños de ilusos".

S. V. P.

Disciplina y Adolescencia

por
ALBERTO A. ALEYTT ASTORGA

EN verdad, lo que pretendemos perseguir en las próximas líneas, no es un estudio exhaustivo de lo que promete el título, un tanto ambicioso, sino discutir ciertos problemas de disciplina que se crean en los internados escolares para adolescentes, y analizar, desde ese punto de vista, los conceptos de disciplina, libertad, autonomía y personalidad del adolescente. Como se advierte, nuestra intención es más modesta.

Desde luego, el concepto de disciplina tiene variadas y distintas acepciones entre las que —para el asunto que nos interesa— podríamos destacar la de "adiestramiento y adaptación a una acción sistemática y regular", y la "de correctivo por faltas a determinadas normas". A pesar de su aparente disparidad, en el fondo, ambas acepciones se complementan.

El problema de la disciplina escolar ha sido siempre motivo de grandes críticas, porque, en general, las más grandes escuelas y centros prácticos de disciplina, aplicaron medios coercitivos fuertes para formar la voluntad del educando o para castigar las transgresiones a las innumerables e inútiles reglas y normas que llenaban el recinto escolar y sujetaban la vida del niño. El azote, el encierro, las torturantes horas de pie o de rodillas, el chicote, la palmeta, eran los mejores medios educativos y formativos del carácter, al mismo tiempo que eficaces mantenedores del orden. Claro está que esas escuelas tenían que resolver el problema, mientras que, mirando desde afuera, sin estar sometidos a la necesidad

violenta de encontrar una solución, los críticos podían teorizar sobre cuáles eran los recursos pedagógicos más convenientes. Recuerdo a este propósito, una anécdota que un profesor chileno contaba acerca de la Sra. Montessori. Frente a un pequeño niño taimado, que pateaba y lloraba escandalosamente, la pedagoga no pudo reprimir un gesto de impaciencia y le propinó unos cuantos golpes. Por un momento, María Montessori había abandonado la teoría montessoriana y aplicado la mal llamada "pedagogía de Herbart".

Queremos decir que la realización de toda teoría no es integral, porque hay que considerar factores imponderables para el teorizante.

En la época actual, la concepción de la disciplina ha sido naturalmente influenciada por las nuevas ideas pedagógicas, en particular por las que se refieren a la actitud del maestro frente al alumno, la relación entre éste y las formas escolares con la sociedad o población escolar, el desarrollo y aplicación del principio del "respeto a las diferencias individuales" y a "la personalidad del niño", y el trabajo socializado. Según sea la posición tomada por los profesores (o las escuelas) se les califica de "anticuados" o "renovados". La clasificación, en verdad, no puede ser tan simple, pues entre aquellos algunos son francamente refractarios a toda innovación y entre éstos (los "renovados") muchísimos son harto ilusos. Entre estos extremos muchos maestros están aplicando las nuevas teorías pedagógicas con mesura y tino, adaptándolas a la idiosincrasia de nuestro escolar. Me voy a remitir a lo que ya se está realizando, sin aspaviento, en algunas escuelas del país.

La Escuela Normal Rural de Victoria es, en su forma y fondo, nueva. Sus gestadores —los que la repusieron en 1943— la concibieron de acuerdo a las nuevas normas pedagógicas; pero hombres prácticos y realizadores, no intentaron una revolución sino una evolución. En el fondo, una revolución positiva, constructiva.

El problema disciplinario fué abordado del mismo modo, sin exageraciones. ¿Cuál es la finalidad del régimen

disciplinario? ¿Cuál es la finalidad de las medidas disciplinarias aplicadas a los alumnos transgresores? Son dos asuntos diferentes, aunque no independientes uno del otro.

En el primer caso, se trata de una necesidad de organización interna. Todo organismo social posee ciertas reglas, cuyo cumplimiento es ineludible para alcanzar los fines que persigue. Es evidente que la finalidad del régimen interno de un Internado escolar es muy distinto al de un Hospital, una Cárcel o un Regimiento, como también es evidente que este mismo régimen difiere según sea la naturaleza del Internado Escolar (para niños, adolescentes, pre-escolares, adultos normales, retrasados, etc.).

En la Escuela Normal el propósito es formar personalidades armoniosas, responsables, correctas, capaces de ordenar su vida bajo ciertos valores (aparte de la función eminentemente profesional que les compete). Todas las disposiciones del régimen interno deben concurrir a ello. Por lo mismo, esas disposiciones deben tener un carácter francamente positivo, aun en su enunciación. Hay un horario que reglamenta la vida múltiple escolar: hora de levantarse, de alimentarse, de estudiar, de descansar, de salidas ordinarias. Hay normas de buena crianza para sentarse a la mesa, para convivir con los compañeros, con los profesores, para el cuidado de la escuela. Las exigencias que la Escuela hace a sus alumnos son mínimas, son las indispensables y necesarias; y son aplicadas en forma racional, tratando de crear en la conciencia del joven la obligación de cumplirlas y evitando el automatismo en su ejecución.

Analicemos la segunda pregunta planteada. ¿Cuál es la finalidad de las medidas disciplinarias aplicadas a los alumnos?

Todo hecho social se caracteriza por ser coercitivo: eso está dentro de su naturaleza. Quien pretenda zafarse del marco de lo social, recibirá la sanción correspondiente. El alumno —miembro del grupo social escuela— no puede eximirse de esta ley de lo social. Si viola las normas vigentes, caerá en san-

ción punitiva. Aparece entonces, el aspecto correctivo de la disciplina. ¿Podemos eliminarlo?

La finalidad de las medidas disciplinarias debe ser de contención de ciertos impulsos egoístas y antisociales del adolescente y el reencauzamiento hacia los intereses de la comunidad; en ningún caso, pueden ser desquiciadores de la potente vida anímica juvenil ni tener un sentido degradante.

La forma de cómo esto se consigue ha variado. El castigo corporal, la suspensión de los permisos ordinarios de salida (que transforma la Escuela en Cárcel) por faltas al orden, no se aplican en la Escuela Normal. Las primeras medidas son de dirección, de reconvención casi paternal. El inspector conversa con el alumno buscando la comprensión del hecho (circunstancias en que se produjo) y tratando de convencer al joven del carácter negativo de su acción. Y esta situación puede volver a repetirse dos o más veces, según sea la naturaleza de la falta y la intención que se advierta en su ejecución. De las capacidades del adolescente nunca se destaca, en el análisis de estos casos, la de simulación o de actor que posee. Cala a fondo y rápidamente la disposición sentimental y favorable a las transgresiones juveniles de algún maestro bondadoso, y explota hábilmente esta situación. Es lo que en la jerga estudiantil llaman "pitarse" a alguien. Cualquiera puede corroborar lo anterior recordando su vida de estudiante o revisando las "memorias" o "diarios de vida" de los adolescentes.

La actitud ruda y violenta ante un profesor o un inspector es analizada cuidadosamente, porque puede deberse a muchos factores momentáneos incontrolables por el joven y fáciles de excitarlo. Una acción comprensiva nos ha llevado a obtener grandes resultados en algunos casos; pero en aquellos que se repitieron insistentemente, la medida disciplinaria tuvo que ser más fuerte.

El asunto más importante, en este problema, parece ser el de las normas exigibles, su calidad y cantidad. Creemos que ellas deben ser perfectamente claras, lógicas y necesarias. Para de-

terminarlas, debe prestarse atención a la condición psíquica del educando.

¿Cuáles son los intereses del adolescente? ¿Cuáles puede alentar la Escuela? ¿Cuáles tiene que limitar?

Psicólogos y pedagogos están acordes en considerar la de la adolescencia como "la edad terrible". El individuo en esa edad está sometido a violentos cambios, físicos y espirituales. El mundo del adolescente es un mundo de ásperos contrastes sin compensación posible, en el que domina una disyunción categórica. La fantasía adquiere fuerza ilimitada; la más leve falta adquiere proporciones desorbitadas (depresión); una representación aislada puede sobrevalerse hasta dominar toda la vida anímica del joven. Hay falta de objetividad; el pensamiento es inconexo, los juicios inseguros; discute los más difíciles problemas filosóficos, religiosos y políticos sin tener conocimiento en las materias. Vive entre el optimismo y el pesimismo; predominan los sentimientos de lejanía y de romanticismos, y la conciencia exagerada del valor de la propia personalidad. Es apasionado, voluntarioso, vanidoso, "suficiente", inconstante, arrogante. Tiene una posición permanente de combate frente a los padres, a los maestros y a la Escuela, en los que sólo ve opresores de su libertad. Por imitación a los adultos fuma, bebe y juega. Es impulsivo, grosero, violento; pero se entrega incondicionalmente a sus ídolos pasajeros (un maestro, un amigo, un héroe, una idea) (Cf. Arturo Stossner).

Esta forma de vida, desconcertante y terrible que vive el joven es el trasunto de una enorme transformación. La Escuela tiene que vivir atenta a este proceso psíquico para encauzarlo y dominar positivamente tendencias y aptitudes. Por lo mismo, tiene tanta importancia que el "inspector" tenga, si no cultura pedagógica, por lo menos conocimientos de la psicología general y de la juventud y adolescencia en particular. La verdadera función "inspector" tiene que ser eminentemente educativa, dar direcciones, significar un apoyo al joven en el grave momento en que se encuentra.

Destaquemos algunas características de la adolescencia: sentido de la libertad e independencia, afán de crítica, interés por los altos problemas de la cultura, tendencias de dominio, tendencia a la acción (cada una de esas características tiene un aspecto positivo y uno negativo) ¿Cómo ha encarado la Escuela Normal de Victoria la resolución de la vida del adolescente que en ella vive? Creando una organización juvenil, independiente en su acción, pero ensamblada con las demás actividades de la Escuela. Los alumnos forman parte del Comité de Manejo Interno (C. M. I.), con estatutos por ellos mismos elaborados, discutidos y aplicados; que realiza su múltiple labor física, intelectual, económica, etc. a través de centros (Centro Deportivo, Centro de Debates, Periódicos murales, Cooperativa, etc.) Cada centro tiene su origen en una necesidad. Esto es importante. Las instituciones no son creadas por el afán de crearlas y enquistar allí a los alumnos. Ellos mismos las crean, organizan y perfeccionan cuando las necesitan.

Los profesores también conviven con los alumnos en estos centros, pero sólo a título de asesores, estrictamente como asesores. En forma atinada señalan defectos de organización o de crítica. O llaman la atención de los jóvenes hacia aspectos no considerados del asunto en discusión. Además, los profesores, están presentes en toda clase de actividades organizadas por los alumnos y el C. M. I. Creemos que de este modo se les estimula.

Esto no quiere decir que nuestros jóvenes normalistas estén exentos de las "extrañas deformidades y defectos de la edad terrible" como dice Stossner. Todos viven normalmente esta etapa y por nada quisiéramos evitársela; pero tratamos de ayudarlos y comprenderlos, sin falsas actitudes, sin manga ancha o angosta; en forma honradamente leal y pedagógica.

El fracaso de muchos sistemas educativos bien intencionados se debe a que algunos ilusos aplican sus medidas según ellos particularmente las hayan entendido, y solamente logran provocar un clima de irresponsabilidad. (No